

The cover features a stylized, dark-skinned figure with extremely long, thin legs and a dark, sleeveless dress. The figure is positioned on the left side, looking towards the right. The background is composed of large, rectangular blocks of color in shades of orange, yellow, and green, with some darker, textured areas. On the right side, there is a green, rounded object that resembles a trash can or a large container. The overall style is expressive and somewhat abstract, characteristic of Toni Morrison's artistic sensibility.

TIEMPOS MODERNOS

TONI MORRISON

OJOS AZULES

TRADUCCIÓN
JOSÉ GUBERN

PREMIO NOBEL
DE
LITERATURA

Pecola es una niña pequeña que vive con sus padres y tiene una prima que se llama Claudia. Le gustan las muñecas y las caléndulas, que no le gustan a nadie excepto a ella. Pecola es negra y cree que es fea porque no se parece a Shirley Temple. Y tiene un truco para desaparecer cuando sus padres se pelean o su padre la molesta por las noches: piensa en que tiene unos preciosos ojos azules y que todo el mundo admira su belleza y que las otras niñas la envidian. Pero ese sueño nunca se convertirá en realidad y Pecola seguirá atrapada en la triste vida que le ha tocado en suerte.

En esta primera novela, Toni Morrison, la ganadora del Premio Nobel de Literatura 1993 parte de la realidad de una chiquilla desgraciada para tratar temas muy diversos, como el concepto de belleza impuesto, la voz femenina o la infancia truncada, y lo consigue con una historia dura y deliciosa al mismo tiempo.

*A las dos personas
que me dieron la vida
y a la persona
que me hizo libre*

He aquí la casa. Es verde y blanca. Tiene una puerta roja. Es muy bonita. He aquí a la familia. La madre, el padre, Dick y Jane viven en la casa verde y blanca. Son muy felices. Veamos a Jane. Lleva un vestido rojo. Quiere jugar. ¿Quién jugará con Jane? Veamos al gato. Hace miau-miau. Ven y juega. Ven a jugar con Jane. El gatito no jugará. Veamos a la madre. La madre es muy cariñosa. Madre, ¿quieres jugar con Jane? La madre ríe. Ríe, madre, ríe. Veamos al padre. Es alto y fuerte. Padre, ¿quieres jugar con Jane? El padre sonríe. Sonríe, padre, sonríe. Veamos al perro. El perro hace guau-guau. ¿Quieres jugar con Jane? Veamos correr al perro. Corre, perro, corre. Mira, mira. Ahí viene una amiga. La amiga jugará con Jane. Jugarán a un juego que les gustará. Juega, Jane, juega.

He aquí la casa es verde y blanca tiene una puerta roja es muy bonita he aquí a la familia la madre el padre dick y jane viven en la casa verde y blanca son muy felices veamos a jane lleva un vestido rojo quiere jugar quién jugará con jane veamos al gato hace miau-miau ven y juega ven a jugar con jane el gatito no jugará veamos a la madre la madre es muy cariñosa madre quieres jugar con Jane la madre ríe ríe madre ríe veamos al padre es alto y fuerte padre quieres jugar con jane el padre sonríe sonríe padre sonríe veamos al perro el perro hace guau-guau quieres jugar con jane veamos correr al perro corre perro corre mira mira ahí viene una amiga la amiga jugará con jane jugarán a un juego que les gustará juega jane juega.

Heaquilacasaesverdeyblancatieneunapuertarojaesmuybonit
aheaquialafamiliaalamadreelpadredickyjanevivenenlacasave
rdeyblancasonmuyfelicesveamosajanellevaunvestidorojoqui
erejugarquienjugaraconjaneveamosalgatohacemiaumiauve
nyjuegavenajugarconjaneelgatitonojugaravveamosalamadr
elamadreesmuycariñosamadrequieresjugarconjanelamadrer
ieriemadrerieveamosalpadreesaltoyfuertepadrequieresjugar
conjaneelpadresonriesonriepadresonrieveamosalperroelper
rohaceguauguaugarconjaneveamoscorreralperrocorreperro
corremiramiraahivieneunaamigalaamigajugarconjanejugar
aaunjuegoquelesgustarajuegajanejuega.

Aunque nadie diga nada, en el otoño de 1941 no hubo caléndulas. Creímos entonces que si las caléndulas no habían crecido era debido a que Pecola iba a tener el bebé de su padre. Una ligera inspección y un punto menos de melancolía nos habrían demostrado que no fueron nuestras semillas las únicas que no germinaron: no lo hicieron las semillas de nadie. Ni tan siquiera los jardines que dan frente al lago tuvieron aquel año caléndulas. Pero tan profundo era nuestro interés por la salud y el alumbramiento sin problemas del bebé de Pecola que no podíamos pensar en otra cosa que nuestra propia magia: si plantábamos las semillas y proferíamos las palabras adecuadas, brotarían y todo marcharía bien.

Transcurrió bastante tiempo antes de que mi hermana y yo admitiéramos que de nuestras semillas no iba a salir planta alguna. Una vez que lo reconocimos, sólo mitigamos nuestro sentimiento de culpa peleándonos y acusándonos mutuamente de lo que había pasado. Durante años yo creí que era mi hermana quien tenía razón: la culpa era mía. Había depositado las semillas en tierra a demasiada profundidad. A ninguna de las dos se nos ocurrió que la tierra misma pudo haber sido improductiva. Habíamos dejado caer nuestras semillas en nuestra parcelita de tierra negra exactamente igual que el padre de Pecola depositó su simiente en su propia parcela de tierra negra. Nuestra inocencia y nuestra fe no resultaron más productivas que su lascivia o su desesperación. Lo que está claro hoy es que de todos aquellos temores, esperanzas, lujuria, amor y pesadumbre, no queda nada con excepción de Pecola y de la tierra im-

productiva. Cholly Breedlove ha muerto; nuestra inocencia también. Las semillas se secaron y murieron; el bebé también.

En realidad nada más habría que decir, salvo por qué. Pero, dado que el porqué es difícil de manejar, será mejor refugiarse en el cómo.

OTOÑO

Las monjas pasan silenciosas como la lascivia y los borrachos de mirada solemne cantan en el foyer del hotel griego. Rosemary Villanucci, nuestra vecina y amiga, que vive en el piso de arriba del café de su padre, come pan con mantequilla sentada en un Buick del año 39. Baja el cristal de la ventanilla para decirnos a mi hermana Frieda y a mí que no podemos entrar. Ambas la miramos fijamente: nos apetece su pan, pero más que el pan nos apetecería arrancar la arrogancia de sus ojos y aplastar el orgullo de propietaria que frunce aquella boquita suya cuando mastica. En cuanto salga del coche le caerá encima una paliza que dejará marcas rojas en su blanca piel, y llorará y nos preguntará si queremos que se baje las bragas. Le diremos que no. No sabemos lo que sentiríamos ni lo que haríamos si se las bajara, pero siempre que nos lo pregunta pensamos que nos está ofreciendo algo precioso y que debemos reafirmar nuestro amor propio negándonos a aceptarlo.

El curso escolar ha comenzado, y Frieda y yo tenemos medias nuevas de color marrón y tomamos aceite de hígado de bacalao. Los mayores, en tono inquieto y fatigado, hablan de la Compañía de Carbones Zick, y por la tarde nos llevan con ellos a la vía del tren, donde llenamos sacos de arpillera con los trocitos de carbón que se encuentran por todas partes. Después nos vamos a casa, mirando atrás para presenciar cómo las vagonadas de escoria humeante y al rojo son descargadas de golpe en el barranco que bordea la acerería. El fuego que se extingue todavía ilumina el cielo con un deslustrado resplandor naranja. Frieda y yo nos quedamos atrás y contemplamos el parche de color ro-

deado de negrura. Es imposible no estremecerse cuando tus pies dejan atrás la grava del sendero y pisan la hierba muerta del campo.

Nuestra casa es vieja, fría y verde. Por la noche, un quinqué de petróleo ilumina la única habitación grande. Las otras, a oscuras, están pobladas de cucarachas y ratones. Los adultos no nos hablan: nos dan instrucciones. Imparten órdenes sin facilitar información. Cuando tropezamos y caemos nos echan una mirada; si nos hemos hecho un araño o un cardenal nos preguntan si estamos locas. Cuando nos resfriamos sacuden la cabeza, disgustados ante nuestra falta de consideración. ¿Cómo, nos preguntan, esperáis que alguien haga algo si constantemente estáis enfermas? No sabemos qué contestarles. Nuestra enfermedad es tratada con desdén, con el fétido Black Draught y con aceite de ricino, que nos embota la mente.

Un día, después de una excursión a recoger carbón, cuando toso una sola vez, ruidosamente con los conductos bronquiales casi obstruidos por las flemas, mi madre frunce el entrecejo.

—Buen Dios. A la cama enseguida. ¿Cuántas veces habré de decirte que te cubras la cabeza con algo? Tú debes ser la niña más tonta de la ciudad. ¿Frieda? Coge unos trapos y rellena las rendijas de esa ventana.

Frieda embute los trapos en la ventana. Yo camino pesadamente hacia el lecho, llena de culpa y de autocompasión. Me acuesto en ropa interior. El metal de mis ligas negras me molesta en las piernas, pero no me las quito porque hace demasiado frío para meterse en cama sin medias. Mi cuerpo tarda mucho tiempo en calentar el espacio que ocupa. Una vez que he generado una silueta de calor ya no me atrevo a moverme, pues a una distancia de media pulgada en cualquier dirección empieza la zona fría. Nadie me dirige la palabra, no me preguntan ni cómo me siento. Transcurridas una o dos horas viene mi madre. Tiene las manos grandes y ásperas, y cuando me frota el pecho con

ungüento Vicks el dolor me pone rígida. En cada operación ella se unta abundantemente dos dedos y me da masaje en el pecho hasta que me siento mareada. Justamente cuando creo que voy a desahogarme con un chillido, mi madre extrae un poquito de ungüento con el dedo índice, lo deposita en mi boca y me dice que lo engulla. Por último me envuelve el cuello y el pecho con un paño de franela caliente. Quedo cubierta de pesadas colchas y se me ordena que sude, cosa que hago sin tardanza.

Más tarde vomito, y mi madre dice:

—¿Por qué vomitas en la ropa de cama? ¿No tienes suficiente sentido común para volver la cabeza? Mira lo que has hecho. ¿Te parece que me sobra tiempo para dedicarlo a limpiar tu vómito?

El vómito se escurre de la almohada a la sábana; es de un color gris verdoso, con partículas anaranjadas. Se mueve como el contenido de un huevo crudo. Conserva obstinadamente su masa propia, se niega a dispersarse y a que lo quiten de donde está. ¿Cómo, me pregunto, puede ser al mismo tiempo tan avieso y tan hábil?

La voz de mi madre va sonando monótonamente. No me habla a mí. Está hablándole al vómito, pero pronuncia mi nombre: Claudia. Al fin, frotando, lo limpia lo mejor que puede y coloca una toalla rasposa sobre la gran mancha de humedad. Yo vuelvo a acostarme. Los trapos han caído de las rendijas de la ventana y el aire es frío. No me atrevo a responder a lo que dice mi madre y me resisto a dejar mi envoltura de calor. Pero el enfado de mi madre me humilla; sus palabras me excorían las mejillas y rompo a llorar. No he entendido que ella no está enojada conmigo, sino con la enfermedad. Creo que desprecia mi debilidad por haber dejado que la enfermedad pueda más que yo. A la larga no enfermaré de verdad: me negaré en redondo. Pero, por el momento, lo que hago es llorar. Sé que así tengo muchos más mocos, pero no puedo contenerme.

Comparece mi hermana. La pena inunda sus ojos. Me canta: «Cuando la púrpura oscura baja por las paredes del soñoliento jardín, alguien piensa en mí...». Me adormezco pensando en ciruelas, en paredes, en «alguien».

Sin embargo, ¿las cosas eran realmente de aquel modo? ¿Tan dolorosas como yo las recuerdo? Sólo a medias. O mejor dicho, el dolor era productivo y fructificante. El amor, oscuro y espeso como el jarabe Alaga, introducía poco a poco su alivio por aquella ventana agrietada. Podía olerlo, saborearlo, dulce, almizcleño, con un punto de ajo-plata en la base, esparcido por toda la casa. Se adhería, junto con mi lengua, a los vidrios empañados. Revestía mi pecho, junto con el ungüento, y cuando, al quedar ya dormida, se me soltaba el paño de franela, las claras, nítidas curvas de aire perfilaban su presencia en mi garganta. Y durante la noche, cuando mi tos era seca y dura, se oían en el suelo del cuarto unos pasos quedos y unas manos reajustaban la franela, reequilibraban la colcha y reposaban un instante sobre mi frente. De manera que cuando pienso en el otoño, pienso en alguien con manos que no quiere que yo muera.

Era también otoño cuando vino Mr. Henry. Nuestro inquilino. Nuestro huésped. Las palabras salían en globitos de los labios y flotaban en el aire sobre nuestras cabezas: silenciosas, desunidas y gratamente misteriosas. Mi madre era toda desenvoltura y satisfacción cuando comentaba su llegada.

—Ya le conocéis —decía a sus amigas—. Henry Washington. Ha estado viviendo en casa de Miss Della Jones, en la calle Trece. Pero ella ya chochea demasiado para tener huéspedes. Así que él se ha buscado otro sitio.

—Oh, sí. —Las amigas no ocultaban su curiosidad—. Yo me preguntaba hace tiempo hasta cuándo iba a quedarse

con ella. Dicen que está completamente ida. La mitad de los días no sabe quién es él, ni nadie.

—Pues aquel viejo negro loco con quien se casó no ayudó mucho a que le funcionara bien la cabeza.

—¿Oísteis lo que él contaba cuando la abandonó?

—Nnno. ¿Qué?

—Bueno, se marchó con aquella frívola de Peggy, la de Elyria. Ya sabéis.

—¿Una de las chicas de Old Slack Bessie?

—La misma. Bien, alguien le preguntó por qué dejaba a una mujer decente, amable y piadosa como Della por aquella vaquilla. Ya sabéis que Della siempre fue una buena ama de casa. Y él dijo que juraba que el verdadero motivo era que ya no podía aguantar más aquella loción de violetas que Della Jones usaba. Dijo que quería una mujer que oliese como una mujer. Dijo que Della era, sencillamente, demasiado limpia para él.

—Viejo perro, ¡qué asco de tío!

—Y que lo digas. ¿Qué manera de pensar es ésa?

—No es manera ninguna. Algunos hombres son sólo perros.

—¿Fue por eso que ella tuvo aquellos ataques?

—Debió contribuir. Pero ya sabéis, ninguna de aquellas chicas era demasiado despierta. ¿Os acordáis de Hattie, que siempre sonreía? Nunca estuvo cuerda. Y su tía Julia todavía trota de un lado a otro por la calle Dieciséis hablando sola.

—¿No la han encerrado?

—No. Las autoridades se desentienden. Dicen que no hace daño a nadie.

—Pues me lo hace a mí. Si quieres tener un susto de muerte, levántate a las cinco y media de la mañana como yo y échate a la cara a esa vieja bruja flotando por ahí con su sombrero. ¡Piedad!

Las amigas ríen.

Frieda y yo estamos limpiando botes de vidrio para guardar conservas. No distinguimos las palabras, pero cuando hablan personas adultas escuchamos y prestamos atención a sus voces.

—Bien, confío en que nadie me deje a mí andorrear de ese modo cuando esté vieja. Es una vergüenza.

—¿Y qué van a hacer con Della? ¿No tiene familia?

—Una hermana suya viene de Carolina del Norte para ocuparse de ella. Imagino que lo que pretende es quedarse con la casa.

—Oh, vamos. Es la idea más perversa que he oído.

—¿Qué te apuestas? Henry Washington dice que la tal hermana no ha visto a Della en quince años.

—Yo había pensado, en cierto modo, que Henry acabaría un día u otro casándose con ella.

—¿Con esa vieja?

—Bueno, Henry ya no es un pollito.

—No, pero tampoco es un buitre.

—¿Ha estado casado alguna vez?

—No.

—¿Cómo es eso? ¿Le dieron calabazas?

—Es un hombre exigente, nada más.

—No es exigente. ¿Tú ves a alguien por aquí con quien valga la pena casarse?

—Bueno... no.

—Simplemente es sensato. Un trabajador formal de costumbres tranquilas. Espero que todo marche bien.

—Marchará bien. ¿Cuánto vas a cobrarle?

—Cinco dólares cada dos semanas.

—Para ti será una buena ayuda.

—Eso diría yo.

La conversación de las personas mayores es como un baile mansamente revoltoso: un sonido encuentra otro sonido, le hace una reverencia, se bambolea y se retira. Entra un ter-

cer sonido, pero es desairado por un cuarto: ambos describen círculos uno en torno a otro y se paran. Unas veces las palabras ascienden en orgullosas espirales, otras hacen cabriolas estridentes, y todo ello es punteado por cálidas modulaciones de risa que son como el latir de un corazón de jalea. El filo, el rizo, el empuje de las emociones de aquellas personas es siempre muy claro para Frieda y para mí. No entendemos, no podemos entender el significado de todas sus palabras, porque sólo tenemos nueve y diez años; así que observamos sus rostros, sus manos, sus pies, y escuchamos el timbre de sus voces para averiguar la verdad.

Por eso, cuando Mr. Henry llegó un domingo por la noche, le olimos. Olía maravillosamente. Como árboles y crema de limón para el cutis, y aceite capilar Nu Nile y salpicaduras de Sen-Sen.

Sonreía mucho, mostrando una hilera de dientes pequeños y regulares con una amigable brecha en medio. A Frieda y a mí no nos presentaron, nos señalaron y basta. Como, digamos, aquí está el cuarto de baño, ahí el armario ropero, y éstas son mis niñas, Frieda y Claudia; cuidado con esta ventana, no se abre del todo.

Nosotras le miramos de reojo, sin decir nada y sin esperar que él dijese nada. Sólo que asintiera con la cabeza, como había hecho ante el ropero, testificando que existíamos. Para sorpresa de ambas, nos habló:

—¡Hola, vosotras! Tú debes ser Greta Garbo, y tú debes ser Ginger Rogers.

Correspondimos con risitas tontas. Incluso a mi padre le hizo sonreír la sorpresa.

—¿Queréis un penique?

Mr. Henry nos tendía una reluciente moneda. Frieda agachó la cabeza, demasiado complacida para responder. Yo hice ademán de cogerla. Él chasqueó los dedos y el penique desapareció. El deleite se sumó a nuestro sobresalto. Le registramos meticulosamente, metimos los dedos en sus